

Otro famoso roncalés

Por Ricardo Ollaquindia García

- Dígame el nombre de un roncalés famoso.
- Gayarre.
- Otro.
- ¿Otro más? Pues, no sé...

Otro roncalés famoso es Pedro Navarro. Se parece a Gayarre en que su arte también tenía efectos acústicos, pero se diferencia de él en que, cuando actuaba, "sus oyentes" tenían que taparse los oídos. Fué el primero que empleó barriles de pólvora para hacer volar murallas y fortificaciones. Aquellas primeras explosiones dejaron mudos de asombro y sor-dos a sitiadores y sitiados.

Pedro Navarro nació en Garde en 1460. Garde era ya un pueblecito roncalés. El Roncal era ya un valle de Navarra. Pero Navarra no era todavía una provincia española. España, nuestra España, no había nacido aún. Estaba en la mente de Dios. Y, quizá también, en la de algún hombre.

La infancia de nuestro héroe transcurrió en el valle, a la orilla del río, entre bosques sombríos y altas cumbres, recibiendo en el alma el sello inconfundible de las virtudes telúricas: la altivez del picacho, la bravura de la sierra, el misterio de la selva, la potencia del torrente, la agresividad del jabalí herido...

No sé cuando ese niño terrible cogió en sus manos los primeros granos de pólvora. No sería en el valle, robado de un cuerno de caza. Aquellas montañas no había repetido aún, asombradas, el eco de una detonación. Ni un ave había caído del cielo fulminada por un arma de fuego.

La pólvora era uno de los grandes inventos que estaban transformando política, social e intelectualmente al mundo civilizado, forzando el paso de la Edad



Nuestro conde de Oliveto, el extraordinario Pedro Navarro, de asombrosa personalidad.

Media a la Moderna. Dicen que fue conocida por los chinos antes de la Era Cristiana. Dicen que los musulmanes descubrieron su fuerza expansiva y la emplearon contra los Cruzados lanzando "tiros de fuego con trueno". Se dice también que un monje alemán, llamado Bertoldo, descubrió en Occidente, por casualidad, el mismo maravilloso poder y vendió el secreto a los venecianos.

La pólvora estaba cambiando lentamente el arte de la guerra. Hacía a la infantería más temible que la caballería, creaba el arma de artillería, quitaba importancia a los castillos medievales y a las murallas de las ciudades que podían ser batidas a distancia. Y, cuando aparece en escena el siniestro roncalés con un puñado

de pólvora, la tierra tiembla como por arte diabólico, vuelan las piedras y el campo queda cubierto de ruinas.

Pedro Navarro se hace soldado. Recibe el bautismo, no sé si de fuego o de lanza, en las guerras de Florencia y Génova, donde, ya en los primeros encuentros, se revela como un tipo extraordinario. Se ata después a la cabeza el pañolón de los piratas y, al servicio del marqués de Contrón, como corsario asombra a los mismos corsarios que le llaman "Roncal el Salteador". Y se convierte por fin en la pesadilla de las fortalezas sitiadas cuando hace volar por los aires, hecha mil pedazos, la roca sobre la que se asentaba el famosísimo Castel d'il Ovo.



La toma de Orán, uno de los más significados servicios de Pedro Navarro a España.

Es el 11 de junio de 1503. Navarro está entonces a las órdenes del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, quien, al salir de Nápoles para poner sitio a Gaeta, le confía la conquista de Castel d'il Ovo. La empresa es difícilísima, porque el castillo está edificado sobre un peñón defendido por el foso anchísimo del mar. El asalto es casi imposible y el cerco se hace interminable. El roncalés, con su experiencia de pirata y su nueva invención de minador, aprovechando la confianza que inspira a los sitiados tan ventajosa posición, logra acercarse sin ser visto por el mar con unas barcas, logra abrir sin ser oído una mina, la carga y hace saltar gran parte de la roca, abriendo una brecha en el castillo y sepultando entre las ruinas a la guarnición. Sólo se salvan doce hombres que se apresuran a pedir clemencia al vencedor.

No fue ésta la primera mina histórica, la semilla que favoreció la siembra funesta de los actuales campos minados. Ya antes había hecho algunas pruebas satisfactorias en otras fortalezas, como en Cefalonia, en la torre de San Vicente, en Castel Nuovo.

Castel Nuovo es un nombre bonito y un famoso castillo napo-

litano. Su almenado perfil aparece en los primeros días, gloriosos y terribles, de nuestro héroe y en los últimos, amargos y negros.

Pedro Navarro llegó a ser primer jefe del Arma de Ingenieros, por designación expresa de Gonzalo de Córdoba, y Capitán General de la Armada, por nombramiento del Rey Católico, quien además le investió con el condado de Oliveto. Dirigió la victoriosa expedición de África. Volvió de nuevo a Italia y, a las órdenes del virrey de Nápoles, luchó valerosamente en Bolonia y Rávena. Allí cayó por primera vez prisionero y hay que anotar el percance. En esa prisión comenzó la segunda parte de su vida, más agitada y turbulenta, mucho más interesante que la primera. Era un hombre del que se hablaba, bien o mal, en todas partes. Tenía entre sus enemigos más admiradores que entre sus compañeros de armas.

Francisco I de Francia quiere atraerle a sus filas para nombrarle general de sus ejércitos y ofrece por su rescate una fuerte suma. Carlos V, en cambio, dando oídos a las envidias y rencores de sus consejeros, le muestra su disciplinante ingratitud y permite que esté en la prisión du-

rante tres años. Este imperial desprecio hiere en lo más hondo el alma del noble y peligroso encadenado quien, al verse libre, libre y despreciado, rompe los entorchados y los contratos que le unen a unos señores que tan mal pagan sus servicios y, como un jabalí herido de sus montañas, se revuelve contra ellos.

Pone al servicio de los franceses, además de su bravura y de sus barriles de pólvora, la furia y la desesperación. Va a Pavía, a Milán y Génova. Se bate en Bicoca a la desesperada, hasta caer prisionero. Segunda prisión, donde rebrotan las viejas ansias de venganza. Puesto en libertad por el Tratado de Madrid, vuelve nuevamente a Italia y, en la desastrosa retirada de Aversa, cae otra vez en poder de los españoles, que lo encerraron en Castel Nuovo. Tercera prisión, en Castel Nuovo, en la bella ciudadela napolitana que él un día afeó con los desgarrones de una mina. Allí, cargado de pesadas cadenas y de tristes recuerdos, con las barbas largas y los trapos del cautivo, en el año 1528 murió el temido corsario y el magnífico Almirante, el soldado mercenario y el conde de Oliveto, el inventor de las minas, el famoso roncalés, Pedro Navarro. ■

Este es uno de los primeros artículos que Ricardo Ollaquindia escribió para la Revista Pregón, publicado en el número 55, otoño de 1955. 58 años después, el año 2013, escribiría el último.